XXXI

Al oir la respuesta afirmativa de Gabriela, el general vaciló como si hubiese recibido una herida mortal.

A pesar de haber esperado á la puerta, á pesar de los ruidos escuchados, del balcon abierto, de la turbación de su mujer y del desòrden del cuarto, el infortunado conde queria aún dudar de su desgracia.

Si Gabriela hubiera sido menos altiva de carácter y más conocedora de las supercherias de las mujeres que faltan á sus deberes conyugales, y hubiera tenido la audacia, á pesar de la evidencia, de negar su falta, el anciano, asiéndose al más leve punto de apoyo para no sumirso en el más profundo desconsuelo, habría hecho sobrehumanos esfuerzos para no creerla culpable: tenia reservado un tesoro de indulgencia para absolverla y perdonarla.

Ante aquella revelación súbita, se dejó caer en una silla ocultando la cabeza entre las maDe pronto se levantò con extraordinaria viveza y asiendo por una mano á Gabriela,—exclamó:

--; Me engañas! ; Aqui no había nadie! ; Seria espantoso! ; Has querido mofarte de mi y contestar con una broma á una pregunta que

es un ultra je sara ti!
—¡Pero defiéndete!—grité al ver que Gabriala callaba.—¡Dí lo que quieras, yo te creeré!
¡Quieres matarme al mismo tiempo que tú te
condenas!

Gabriela continuó callada é inmòvil.

El general la rechzó entonces con violencia y asomándose al balcôn vió en la sombra los ojos de Joel que estaba impávido a la puerta.

—Es extraño.—repetis.—El perro no le ha extrangulado. Tiene que ser algun amigo de la casa.

De pronto como si una luz hubiese atravesado su cerebro, se dió un golpe en la fiente y dijo contemplando á Gabriela que se había dejado caer en el lecho.

- Ah! Dios mio! Soy un infame por ima-

ginar semejantes atrocidades!

Y acercándose al lecho, cogió una mano de

Gabriela y la dijo con dulzura:

-Escúchame. Si tu conciencia te remuerde per alguna falta, la mia me condena por haber unido tu hermosura y tu juventud á mi ruina y á mi decrepitud. Te puedo pues perdonar y me siento con la suficiente debilidad para amarte otra vez, pero con una condición. Mi honor exige que yo conozca el nombre del que me ha robado tu afecto. Dimelo y te perdono.

La condesa no contestó.

Estaba llorando.

La emoción que en un principio la había agitado, termino por convertirse en un raudal de lágrimas que brotaban de sus ojos, abrasados por esa repentina fiebre que invade á los des-

esperados.

-1Gabriela, hija mial-decia el general,lTe lo ruego, es mi perdén lo que te pido!

Entonces la condesa se levantô y de pie, frente á su marido á quien miraba con resig-

nación y piedad, dijo:

—Matadme, arrojadme de aqui, haced lo que querais. No me que jaré, ni os maldeciré. Soy indigua de vos y culpable de una ofensa por la cual no merezco misericordia. Inútil es que no pregunteis más. ¡Nada os diré!¿Qué adelantaríamos con eso?

Gabriela pronunció tris emente estas palabras, pero había un sello tal de firmeza en ellas, que el conde comprendió que nada lo-

graria saber.

—¡Sea!—contestò el general.—Yo por mí solo, descu riré al autor de semejante infamia pero piénsalo bien, si me niegas esta satisfacción que exijo, no obtendrás n mea, aunque viva cien años, ni gracia ni perdòn.

- Dios nos juzgará !Haced lo que gusteis-

contestó resignada la condesa.

El general cerró el balcón y la ruerta, guardò la llave en el bolsillo y se dirigió al cuarto de Farin.

Jacobo se disponía á apagar la luz para me terse en la cama, cuando el general entraba

en su cuarto.

-Amigo mio-le dijo-escucha con aten-

ción mis instrucciones y siguelas al pie de la

- Entiendo mi general!

-Vas á coger el caballo más veloz de todos y á galopar hasta París. Te diriges inmediatamente al hotel y ves si està Roberto. En seguida te aseguras de si sus caballos han salido. No te fies de madie, inspecciona todo por tf. mismo Si está Roberto, le dices que mañana, à primera hora, tengo que hablarle. Yo te espero hasta que vuelvas. ¿Has comprendido bien?

-Si, mi general.

-A ver. Repite lo que te he diche.

-Que monte á caballo y galope hasta París. Veo si el capitán está en su casa. v si está, le digo que venga mañana á veros. Examino si están todos sus caballos, y vuelvo á galope tendido.

-Eso es. Despacha pronto y revienta al ca ballo si quieres.

-Está bien, mi general.

-Jacobo - dijo el conde con emoción-tu contestación va á decidir sobre mi tranquilidad futura. Cuento contigo y con tu discreciòn.

-Si, mi general.

-Ya comprenderás que á tu edad no te encargaría de semejante misión, si no tubiese imprescindible necesidad. Tú solo puedes servirme y en ti solo confio. ¿Comprendes?

-Si, mi general.

Y sin hacer una pregunta, sin informarse de la causa de aquella nocturna expedición, el fiel Limosino fué á las caballerizas, ensilló á Júpiter, un magnifico caballo inglés, y partió á toda velocidad en dirección á París.

El conde de Branville volvić al cuarto de

Gabriela.

-Podeis dormir sin temor-la dijo. -Ya reflexionaré sobre lo que me toca hacer ; Quereis decirme el nombre de vuestro cómplice?

-No.

-Está bien.

El anciano, se dirigió con paso lento, á sus

habitaciones.

Allí, abatido por aquella catástrofe en la que á la vez perdia su reposo, el honor segun el murdo, su felicidad y su último amor, se echó en una butaca, y vencido por el dolor se quedó dormido.

XXXII

Cuando el general daba á Jacobo la órden de marcha á Paris, Roberto había ya atravesado al galope veloz del caballo de su amigo la plaza de la Estrella. Parecía un vencido, que por un desesperado esfuerzo trataba de esca-

par del enemigo. En efecto, Roberto era una victima del destino. De un golpe habia perdido todo lo que amaba, perdiéndose á si mismo. Se olvidaba de él para pensar únicamente en la desesperación de los dos seres que más queria en el mundo: el general, su amigo, su protector, ¡quién sabe si su padre! también estaba deshonrado por aquella espantosa é inesperada revelación. l'Aquel corazón leal, siempre lleno de generosidad y confianza, que nunca supo prever el mal, ni siquiera sospechar que exis-

Pensaba en Gabriela, en aquella bondadosa y encantadora mujer, á quien arrastraba en

su caída por un concurso de fatales circunstancias, y que no había sucumbido á sus obsesiones sino por bondad. ¿Qué sería de ella? La arcojaria vergonzosamente de su casa el ultrajado marido? ¿Llegaría éste á conocer el nombre del criminal, cuya personalidad aumentaba la graveuad del crimen, añadiendo á la ofensa todas las bajezas de la ingratitud y del abuso de confianza?

Abismado por aquellos terribles pensamientos que le anonadaban, teniendo ante si, fija la desgracia de Gabriela y del general y su si niestra situación, no sabia hácia donde cami-

naba.

Dudaba si los acontecimientos que en un momento se habian sucedi lo, eran efecto de

una pesadilla ò de una alucinación.

Diek continuaba galopando. Sas ágiles remos le llevaban á través de las desiertas y mal alumbradas calles con la vertiginosa velocidad de los jockeys en los últimos metros de una carrera disputada.

Los cabellos del capitán se impreguaban de la humedad de la noche, y un aire templado

azotaba su calenturiento rostro.

Los guardias de seguridad, á la luz de los mecheros del gas, paseaban de dos en dos, con fatigado paso, á lo largo de las aceras.

Los barrenderos, la cabeza envuelta en harapientos tapabocas, llegaban á sus puestos provistos de inmensas escobas que llevaban á la espalda.

Todos miraban con curiosidad aquel ginete que huia, al galope, de un invisible enemigo.

De pronto el animal se paró. Estaba á la puerta de su amo.

Roberto saltó con ligereza del caballo, y llamò.

El ordenanza, fiel á su consigna, estaba

El capitán le entregò las riendas de Dick, y alli. se lanzó al cuarto de su amigo, que dormía profundamente, y le despertó con rudeza. ¿Quièn anda ahí?-preguntó de Tresmes.

-Levántate.-contesto su amigo.

-¡Ah! Eres tú ¡Seré tonto! Casi he tenido miedo. Pero hombre, ¡ qué original eres! Venir á despertarme á semejantes horas.

-No bromees. Escúchame que no se trata

de cosa de risa.

-¡Diablo!¡Qué semblante tan descompuesto! ¿Qué te ha sucedido?-pregunto el teniente arrojándose de la cama y comenzándose å vestir.

-¡Una desgracia espantosa!

- El general os ha sorprendido! -Si, pero afortunadamente ignora el nombre del cémplice de Gabriela. ¡Esa noble mujer ha tenido el valor de callar! Yo he huido como si fuese un ladrón ¡Oh! me dan intenciones de matarme.

-No te precipites. Siempre hay tiempo pa-

ra cometer esa tonteria.

Roberto puso al corriente á su amigo, en dos palabras, de los sucesos de aquella noche.

De Tresmes le escucho con atención. -El mayor desastre que puede sucederos y que a todo trance hay que evitar, es que el general averigiie que eres tú quien le ha engañado. ¡Eso sería espantoso! Tenía razón la

condesa. ¿Y qué hacer?

-Vete en seguida á tu casa. Acusétate: que se ignore que has salido. Es muy posible que envíe á alguien en tu busca y ya comprenderás que es preciso que te encuentre en tu casa. ¡Date prisa! ¿Quién sabe? Sin duda puede hacerlo, enviar à alguien à Paris durante la noche Aprovecha el tiempo que tienes de ventaja. ¡Quieres que te acompañe?

-Es inútil. ¡Pobre Gabriela!

- Pobre general!-objeto De Tresmes.-¡Qué desgracia para él!

-- Es verdad! Qué desgracia para él que es

inocente de nuestras faltas.

-Sobre todo, Roberto, no cometas tonterías. El mal no es tal vez tan grande como tu piensas. Ten calma y firmeza. Hasta mafiana! Me prometes hacer lo que te he dicho?

- Y de no decidir nada, sea lo que fuere. sin darme antes conocimiento?

-Si.

- Me lo juras por tu honor?

-Te lo juro.

Roberto se despidió dando un apretado abrazo á su buen amigo De Tresmes, quien para ocultar la emoción que de él comenzaba á apoderarse, se retorcia el bigote con enérgico ade-

Comprendía que se estaba preparado una

terrib'e cotastrofe.

- Pobre general! Pobre Gabriela!-repetía sin cesar el bueno de De Tresmes,

XXXIII

La condesa había escuchado con terror el galope del caballo que llevaba á Jacobo en seguiniento de su amante.

Supuso que el general había adivinado el nombre del culpable, y fué con ansia mortal á esperar la vuelta del emisario de su marido.

A las cinco de la mañana, insensible al frio, que la hacla temblar bajo su peinador de batista, asomada al balcón de su cuarto, dejaba vagar sus ojos por el sorprendente y magnifico panorama que se extendía ante su vista.

Versalles en lontanaza, con su interminable y frondosísimo parque; más cerca, infinidad de hotelitos rodeados de floridos jardines, ya llenos de los alegres ruidos, que indican en el campo la llegada del dia.

El galope de un caballo que se paró frente al hotel la hizo extremecer y salir de su éxtasis Gabriela se inclinó para ver quién llegaba En aquel momento Jacobo se apeaba del ca. ballo, el cual, cubierto de sudor y de espuma, relinchaba de alegría al reconocer la puerta de las caballerizas.

Al pasar bajo el balcón de Gabriela, Jacobo pareció extrañarse de verla en el balcón, y la saludó con su habitual respeto.

Aquel saludo la tranquilizó.

Seguramente el fiel criado del general no sabía nada, pues de lo coutrario hubiera tomado la defensa de su amo y hubiera tratado á Gabriela como á un enemigo.

La condesa se separó del balcón y escuchó á Jacobo llamar discretamente á la puerta del general.

Entonces sigilosamente se acercé á la puerta que comunicaba sus habitaciones con las del general, y escuchó,

El general hablaba en voz baja, pero sin embargo, pudo comprender el sentido de su con-

versación con el ayuda de cámara.

—¡Qué has hecho?—preguntó el general.

- —Mi general, he ejecutado vuestras órdenos. He corrido más que el viento. Júpiterel caballo—os lo podrá demostrar.... ¡creo que na cambiado de pelo! Tardé tres cuartos de hora en llegar al hotel. Mauricio, el portero—otro inválido—creyó, al verme, que había ocurrido alguna desgracia.
- ¿Y despues?....

 Después subí directamente al cuarto del capitán. Todo estaba en orden.

-¿Y él?... -Dormía prefundamente. Creo que hasta roncaba, y me costó algún trabajo el despertarle.

Si la puerta hubiese sido de cristales, la po-

bre Gabriela habría visto agitarse el pecho del conde como si le quitasen un gran peso de encima.

Jacobo continué:

—Al abrir los ojos—para ello tuve necesidad de sacudirle duramente. Esos jévenes duermen como borr gos.—Al abrir los ojos, repito, lanzó un grito: ¡Ay, Dios mío! ¿Qué pasa? ¿Está malo el general y vienes á buscar a un médico?

Yo le tranquilicé y le rogué de vuestra parte que viniese hoy por la mañana. Lo que asi me prometio. Quiso venirse conmigo. Se lo impedí, y bajé á las caballerizas del hotel. Los dos caballos del capitán estaban durmiendo tranquilamente y no tenian un solo pelo mojado. Después de cumplimentar vuestras òrdenes, monté otra vez á caballo, y aquí me tenéis. ¡Ah! Se me olvidaba deciros que el capitán me preguntó el objeto de mi llegada, pero yo no he podido decirle más que lo que sabfa; es decir, absolutamente nada.

Gabriela se tranquilizó y volviò á su cuarto. La desgracia que más temía, estaba evi-

-¡Dios es bueno! -dijo arrodillándose á los pies de su lecho. -¡Solo me he perdido yo!

El general continuaba preguntando á Fa-

- ¿No has notado nada por el camino?

-Nada, mi generai. Es decir, si. Dos guarda-bosques que llevaban preso á un cazador furtivo.

- Nada más? - Eso solo. -Vete á descansar, mi pobre Jacobo, y trata de que cuiden bien al caballo.

El ex-cabo saludó militarmente, y para compensar su trabajo de aquella noche, se dirigió á las cocinas, las cantinas, según él las llamaba, y se procuró un buen trozo de jamón y una botella de Burdeos suave como el terciopelo

—Yo no sé lo que pasa; pero me parece pensaba el viejo Jacobo—que las cosas ya no marchan tan bien como antes. ¡Aquí hay gato encerrado!

Y para prepararse para los acontecimientos, se bebió otra segunda botella, completando su cena con medio queso, oriundo de la quinta, que en tan mala hora se había incendiado.

OTECA UNIVERSITARIA

ALFORSO REYES'

do. 1625 Montenrey, Mexics

XXXIV

El ayuda de cámara y Rosa eran los únicos criados que tenían sus habitaciones y dormían en el castillo.

Los otros sirvientes, tales como los cocineros, pinches, cocheros, jardineros ò conserjes habitaban en el pueblo ó en los pabellenes anexos al parque.

Todos ignoraban lo ocurrido, pero comprendían que algún grave a contecimiento se había desarrollado la noche anterior.

Rosa y Jacobo se vieron acceados de preguntas: pero Jacobo, encerrándese en un mutismo absoluto, respondía invariablemente:

-Vosotros querríais que hablase, pero buen chasco es lievais.

Se parecía á aquel favorito de un príncipe que, encargado de una secreta misión, hacía alarde de la confianza de su soberano para conseguirla más ámplia.

Rosa estaba indudablemente más al corriente de los sucesos. Las mujeres tienen el sueño más ligero y atento el ofdo á los menores ruidos, sobre todo cuando el amor de otras, ô el suyo propio, está en juego.

La alegre doncella había, pues, adivinado la catástrofe, o mejor dicho, había seguido paso á paso todos los incidentes. Conocia la intriga y los criminales amores de su señora con el capitán; pero su cariño por Gabriela, que tenía algo del que tiene el perro por el dueño que le ha creado, le cerraba la boca, y respondia á todas las preguntas de los demás criados que no había sentido la llegada del general por haber pasado toda la noche durmiendo en un sueño pesado y profundo.

A las ocho de la mañana se decidió, y no sin pena, á entrar en el cuarto de Gabriela.

La causa de su indecisión no era otra sino que comprendía vagamente que ella tenía parte, por sus indiscreciones, en la desgracia de la condesa. Así, al menos, se lo daba á entender su conciencia.

Gabriela no habia tratado de reparar el desorden de sus habitaciones.

Todo estaba como en el momento en que los des amantes fueron sorprendidos por el general.

Al ver el aspecto de los muebles, la doncellita reconstituyó en su memoria la escena de la noche anterior.

Comprendiendo la inmensa desgracia que afligía á su señora, pensó dediçarse á su consuelo.

En realidad, Rosa era una buena y exclente criatura.

Una de sus miradas se cruzó con otra de los apagados ojos de Gabriela.

Aquella mirada era una nueva declaración de cariño, de fidelidad hácia su señora.

Así lo comprendió la condesa, y la devolvió un poco del valor de que tanto necesitaba.

—¡Quiere la señora que la vista?—pregunté

-¿Para qué?-contestó la condesa con des

aliento. -Fara hacer lo que todo el mundo. El sol luce y presta alegría á la campiña como to los los días. Supongo que en nada habrán cambiado las costumbres de la casa.

-¿Qué están haciendo los criados?

-Están ocupados en sus tareas ordinarias.

- Y Jacobo?

-¿Jacobo? Oh! No os ocupéis de él. Se cuida con su acostumbrada inteligencia, y si hoy muriese, no sería seguramente de hambre y de sed.

- ¡ Ese pobre viejo ha pasado muchas fatigas

desde aver!

-St-dijo con indite -ncia Rosa. -Ya lo sabemos; ha sido por la desgracia de ayer.

-¿Cuál?-preguntó con viveza la condesa. -La señora lo sabe. Una desgracia considerable! La pérdida que acaba de sufrir el senor conde con el incendio de la quinta de Branville. [Aquella hermosa p sesión que visitamos á los pocos días de vuestro enlace!

Gabriela tuvo un sobresalto de contento. Ea efecto, aquello era un efecto plausible, suficiente para explicar los viajes y las carre-

ras del dia anterior.

Algo más tranquilizada por las palabras de

su doncella, su rostro expresò menos abatimiento y menos tristeza.

-Mal hace la sefiora-continuo Rosa-en

preocuparse por tan poca cosa.

Mientras continuaba entret niendo á Gabriela con sus habladurias, la bella camarera comenzó á preparar la "toilette" de su señora.

-iQué vestido ponemos hoy-dijo Rosina - ¿El de falda negra con cuello á lo Enrique III? ¿Si? Entonces peinarè à la señora según la moda de aquellos tiempos. ¡Muy pálida está la señora hoy! ¡Habrá que poner un poco de carmin!

Y Rosa la presento un espejo de mano, de

plata cincelada.

La condesa tuvo miedo al mirarse. Estaba lívida. Las emociones sufridas durante la noche la habían dejado huellas, casi arrugas en su rostro terso y pulido como el mármol.

-Tienes razón-exclamò maquinalmente-

estoy horrible.

Y como ninguna mujer, ni en los más críticos momentos de su vida, le gusta estar fea, se entregó en manos de Rosa, quien, con un arte y dulzura dignos de todo elogio, la puso en estado de defender sus intereses ante un areópago de jurados, accesibles á las tentaciones de la carne

No era un trabajo difícil. La juventud posee inagotables teroros, y Gabriela era de una

naturaleza vivaz y floreciente.

Cuando Rosa hubo terminado de arregiar á la condesa, ésta se miró de nuevo en el espejo, y una triste sonrisa asomó á sus labios.

R. sa la cogiò al vuelo y dijo:

-Estoy segura de que la señora está ya me-

nos disgustada de la vida. El traje es como el dinero en un portamonedas: devuelve el valor á los que le han perdido.

Un ligero ruido se escuchó en el pasille que comunicaba con el cuarto del general.

Peco después la puerta se abrió, dejando

paso al conde.

En seis horas había envejecido diez años.

Caminaba penosamente y tropezando á cada paso.

Sus casi cerrados ojos se resistian á ver la

Unicamente conservaba la distinción, que jamás le había faltado.

La vispera, era un hombre fuerte y bien conservade.

En pocas horas llegó á la decrepitud, y tocaba casi en la decadencia final.

Bajo la rigidez militar de su aspecto, se adivinaba un gran sentimiento meral j una dejadez extremada.

El conde se sentó é hizo señal á Rosa de que les dejase solos.

La condesa estaba, en apariencia, tranquila, Esperaba los acontecimientos. Su marido se había trocado en un adversario ô en un juez.

Gabriela se reconcentró en sí misma y pre-

paró su de fensa.

— Gabriela—comenzò el conde—no seré severo para vos. Me cuesta mucho trabajo habiaros de lo ocurrido, pues jamás, durante ini vida, he tenido precisión de remover inmundicias; por eso me repugna tratar de semejante aventura. Sin embargo, es preciso. Es al menos indispensable que sepamos cómo, desde hoy, hemos de vivir. Yo juzgué vuestro

carácter como superior á las debilidades vulgares. Ya veo que me equivoqué. Tal vez, sin saberlo, os habré faltado en algo. No trato de excusarme. Estoy castigado muy cruelmente, y el castigo supera á la falta.

El conde hablaba con gran dificultad. Su firmeza tenía pena de triunfar de su emoción; a cada instante estaba obligado á callar para tomar aliento.

Hubiérase dicho que mendigaba una explicación, un grito de perdòn, para romper á llo rar y perdonar; pero Gabriela no respendióuna palabra.

El general continuó:

-Como á otras mujeres, os ha agradado te ner un amante. Me hago justicia y no os trataré como á una criminal; pero os advierto que mientras yo viva no le volverèis à ver. Por otra parte, como ignoro su nombre, que vos me callais, y no puedo, como deseo, lavar esta ofensa, y como no me conviene que algún dis, en cualquier sitio, pueda encontrarme con un bombre que tenga el derecho de ponerme en ridiculo, y como creo que en todas partes se reiran de mi, por eso, repito, he decidido renunciar à la vida aristocrática que llevamos, retirándonos a un parque solitario donde, siendo desconocida vuestra falta, yo notemeré que se burien de mi. Es una mueit : an ticipada, convengo en ello, pero yo soy desde ahora indiferente á todo lo malo que me pue da suceder. Respecto á vos, presumo que pronto os veréis ilbre de mi presencia. La muerta ne tardará en buscarme. Además, no soy vo quien debe preocuparse del porvenir, y ves

juzgaréis del resto de vuestra existencia como mejor lo entendáis.

El general, sin duda, aguardaba alguna réplica. No la obtuvo. La condesa permaneció

Después de una larga pausa, el conde conti-

nuo:

-¡No tenéis ninguna observación que hacerme? ¡Me juzgái demasiado severo? ¡Crcéis que pedria obrar de diferente medo?

- Nada os pido-contestó la condesa-aceptaré el castigo que os plazca imponerme.

-Una cora me preocupa. Ya hace algún tiempo que me engañáis. Para pensar así, me fundo en una prueba que tal vez voa ignoráis. Vuestro con plice es un amigo de casa.

Gabriela se extremecić. - Por quéi-uregunto.

- Cuando huyo. Joel no ha ladrado, y Joel es un guardián cemo no hay otro. Si no le conociese, le habria extrangulado, y os lo confieso, ast lo esperaba yo. Entonces- dijo irguiendo la cabeza – hubiese tenido el derecho de perdenaros.

El general se levantó y dió algunos pasos

acerrándose á su mujer. - ¿Cuánto tiempo necesitáis para terminar

los preparativos de viaje? - Estaré dispucsta cuando vos queráis. El conde se encaminò hacia la puerta.

Al llegar casi à franquearla, se volviò hácia su mujer y dijo con temblorosa vez:

- Gubriela, ino queréis concederme la gracia que solicito, saber quién os ha perdido?

-Entences, que Dios os perdone. ¡Yo ne os

perdonaré jamás!-exclamó, alejándose, con desprecio.

Si le hubiese si lo posible ver el rostro de su esposo, habría sorprendido en él gruesas lágrimas que rodaban sobre las mejillas del desgraciado anciano. Ecan las primeras que desde la muerte de su madre vertia.

¡Gabriela debía expiarlas cruelmente!

XXXV

Cuando Roberto llegó á Bel-Air eran las diez de la mañana.

El general se encerrò con él en su cuarto, donde estuvieron solos los dos hasta la hora del almuerzo.

Al indicar la campana que el almuerzo estaba servi lo bajaron al comedor.

La condesa se habia excusado, alegando estar indispuesta.

El general y su ex-ayudante hicieron una de las comidas más tristes de su vida.

Al hacerle su protector la revelación de su desgracia, no pudo Roberto, por más que así trataba de hacerlo, decidirse á consolarle. Estaba más abatido que el mismo general. En vano trató de tomar la defensa de Gabriela, de invocar circunstancias engañadoras y la imposibilidad de una falta, de que no se debía creer capaz á la condesa.

Siempre tropezaba contra un obstáculo in superable.

Gabriela no quería defenderse. Por tanto, qué marido después de haberle confesado el delito, se contenta con una explicación que tenga más ó menos visos de veracidad?

El general le manife tó que su decisión era irrevocable. Era, por tanto, inútil tratar de disuadirle.

Roberto conocía la inflexibilidad del conde respecto á las cosas que se relacionan con el honor.

Ni siquiera, por temor de venderse, se atrevió á visitar á Gabriela.

Después de almorzar el general y Roberto, subieron en una bertina y marcharon á París.

La infortunada Gabriela, medio oculta por los visillos de su ventana, esperaba el momento de ver á su amante, aún más deseado por los sufrimientos que por su causa le sobrevenían.

La casualidad la sirvió á medida de sus deseos.

Mientras que el general, seguro de la fidelidad de Jacobo, le decia: Te prohibo terminantemente que bajo ningún pretexto permitas á radie la entrada en el castillo. Gobriela vicá E berto, y dirigiéndole una mirada en la que le enviaba toda su alma, le hizo saber que era dichosa con verle y que su marido ignoraba quién era su cómplice.

El camino lo recorrieron silenciosamente. Al llegar á la plaza de la Estrella, dijo el general á Roberto:

-Yo voy á enterrarme en mis dominios de Traignac: pero atú continúas deseando alejarte de Paris?

-Más que nunca, puesto que vos me faltáis. Vos érais lo único que me detenía.

El general dijo al cochero: -Al Ministerio de la Guerra.

El ministro le recibió inmediatamente.

Antiguos compañeros de promoción, el general y el ministro se abrazaron con cordialidad; pero su excelencia se quedó sorprendido del cambio operado en la fisonomía de su ami-

Del gallardo Branville que él conocía, no quedaba más que una ligera sombra que apena« le recordaba.

El ganeral le indicé el objeto de su visita. - ¿Y dénde vais à enviarle?-pregunté el conde, terminando su petición.

-Donde qu'eras, Siempre hay que hacer estudios en todas partes. Además, que yo conozco la capacidad de tu protegido. ¿Q ieréis ir à Alemania?-eñadió dirigiéndose á Riberto.

-Está muy cerca-dijo de Pontis.

- ¡Diablo! ¡Y á Rusia?

- Hace poco estuve allá. Preferiría otre pais, señor ministro.

- El Egipto es un país muy triste.

-Ese es lo que prefiero. - ¿Ciándo queréis partir?

-Cuando vos me lo ordenéis.

-Mañana podéis venir á recoger las instruc-

La conversación versa sobre otros asuntos. y después de algunos instantes el general y Roberto se despidieron del ministro. Este les a ompaño hasta la puerta, don le haciendo pasar primero al conde y mientas un ordenanza le presentaba el abrigo, dijo en voz baja á Roberto:

-No debiais, en estos momentos, separaros del general.

- Ah! Yo bien quisiera, pero es preciso. -E a muy delicado. Ha tenido alguna violente decepción?

· -No, que yo sepa, señor ministro.

-Le conoz to bien y creo que si. Para que un homore como el se derrumbe de este modo. tiene que haberle sucedido algo extraordina. rio Cuidadle mucho, y sobre todo, no estéis ausente mucho tiempo

Y se despidiò de Pontis, dándole un enérgi

co apretón de manos.

El general dedicó toda la tarde en poner orden á sus asuntos, é hizo una larga visita á su notario el señor B nneau.

Allí se despidió de R berto. - No tienes necesidad de subir.

Sin embargo, para ocuparse de él, visito al notario.

Autes de separarse añadió:

· - Vete á buscar à de Tresmes. Quiero dis traerme y su buen humor me divierte. Comeremos reunidos. Acaso será por última vez.

La tres se reunieron en la misma mesa, donde tan tranquilos estaban el dia antecior.

¡Q ié revolución en a juellas existencias du-

ranco las últimas veinticuatro horas?

Cuando el general se separo de R berto, que le habia acompañado hasta la Porte Mailiot, se arrojo en sus brazos y le oprimio sobre su corazón, como si fuese la última vez que se iban á ver.

-Ya estarás contento-le dijo.-Has obte-

nido lo que d seabas ¡Ojalá pudiera yo decir lo mismo! Mi vida se acaba. Tal vez ya no nos veremos mas en este mundo. Todas las semanas, más á menudo aún, me escribirás, ¡no es cierto? No olvides que tus cartas serán mi único consuelo.

-Os lo prometo-dijo el joven con los ojos

llenos de lágrimas. Y creyendo el momento favorable, afiadió:

- Padre mio, sed misericordioso!

El anciano se volvió con rapidez y no con-

-¡Adios! - le dijo. - ¡Acuerdate de nos-

otros! La berlina se alejó rápidamente, arrastrada por dos magníficos caballos.



XXXVI

Ocho dias después, al finalizar el mas de Junio, un viérnes, el antiguo castillo de Traignac presentaba una animación extraordinaria.

En sus ámplios y enlosados patios piafaban inquietos caballos, las cocinas estaban llenas de alegres marmitones y los mozos de las caballerizas del general, estaban encantados del venerable aspecto de aquella residencia y de la extraña fisonomía de los limosinos que constituian su guardía.

El general acababa de instalarse con sus criados de más confianza en aquellas sole lades, donde, segun les habia anunciado, pensaba pasar una larga temporada.

Todo su pequeño séquito se entregaba con alegría al placer de la novedad, y no se entristect in al persamiento de un largo destierro en aquella Siperia.

Los guardas y los jardineros habían ten do la precaución de procurarse las cosas necesa-